

comprendido aún que todo opresor es el enemigo. Así fué como los Franceses de Carlos VIII, «deplorables, malos y desarreglados» alcanzaron fácilmente la fama de héroes. Como dice Comines, vinieron «llevando los furrieles el yeso en la mano para marcar los alojamientos sin ninguna dificultad». Pero, no obstante, hubieron de repasar precipitadamente los Alpes para salir de aquel país de pérfido suelo donde hubieran arriesgado perecer hasta el último.

Las guerras que siguieron, bajo Luis XII y hasta bajo Francisco I, fueron dictadas también por el ansia de posesión del Mediodía: en el fondo eran nuevas invasiones de bárbaros, como las que habían conmovido el mundo mil años antes. En concepto político y militar esas expediciones eran imprudentes; era tanto más arriesgado aventurarse á lo lejos al otro lado de los Alpes de peligrosos senderos, en el Milanesado, en las Romanías y hasta en la Napolitana, cuanto que Francia quedaba abierta y amenazada por sus fronteras del Norte, por lo que el resultado de esas campañas había de ser desastroso desde el punto de vista material. Y, sin embargo, resultó un bien indirecto: durante dos generaciones, la Francia militar había vivido en el ensueño, atraída hacia el Mediodía por sus hermosos cuadros, sus estatuas y sus libros, que el esplendor del Renacimiento exponía brillantemente á la luz. Después otros bárbaros, aparte de los Franceses y de sus aliados, los Suizos, censurados por los versos del Ariosto <sup>1</sup>, «*quei villan bruti*», se presentaron á tomar parte en el pillaje; á su vez los Alemanes de Carlos V, mandados por el condestable de Borbón, renovaron en Roma las hazañas de los Godos y de los Vándalos. Los fenómenos de endósmosis y de exósmosis que se producen en los cuerpos organizados tienen también lugar en el cuerpo social. En virtud de su misma preeminencia en el mundo intelectual y moral, Italia se entregaba á los pueblos vecinos, y, según el grado de cultura de los hombres que participaban de sus bienes, daba á los unos comilonas y festines, ó bien oro, pedrerías y joyas; á los otros el tesoro imperecedero de la ciencia y del arte. El dominio del Renacimiento se extendía de ese modo en las comarcas circundantes, mas por el hecho mismo del contacto

<sup>1</sup> *Orlando furioso*.

N.º 373. Campañas francesas en Italia.



1: 7 500 000

0 100 200 400 Kil.

- Los principales acontecimientos de las campañas de Italia pueden agruparse de este modo:
- 1494-1495. Entrada de Carlos VIII en Nápoles, vuelta precipitada, batalla de Fornoue (1).
  - 1500-1512. Victoria de Luis XII en Novara (2), ocupación de Milán, entrada en Nápoles en 1501; retirada en 1503, pérdida de Gaeta en 1504; insurrección de Génova en 1507; derrota de los Venecianos en Agnadel (3) en 1509; victorias francesas en Bolonia y en Valeggio (4) en 1512, después, en aquel mismo año, derrota de Rávena (5) y pérdida del Milanesado.
  - 1513. Derrota de Novara (2), evacuación de la mayor parte del Piamonte.
  - 1515-1524. Francisco I en Marignan (6), ocupación del Milanesado; derrota de la Bicocca (7) en 1522; los Imperiales invaden la Provenza y sitian á Marsella, 1524.
  - 1525-1529. Nuevo ataque de Francisco I, derrota de Pavía (8). Saqueo de Roma por el condestable de Borbón 1527, derrota de los Franceses en Landriano (9).
  - 1544. Inútil victoria de los Franceses en Cerisola (10).
- El Piamonte fué ocupado por los Franceses durante la mayor parte del siglo xvi.

y de la propagación de las ideas, no por la voluntad de los dueños, como lo han pretendido los historiadores sometidos al espejismo del

poder. La adulación ha concedido el título de «Protector de las ciencias y de las artes» al rey Francisco I, pero conviene saber que, por sus cartas patentes de 13 de Enero de 1534, ese personaje declaraba querer la supresión de la imprenta. «En su singular afecto por el acrecentamiento de las bellas letras y estudios», había exceptuado de diversos impuestos y del servicio militar los veinticuatro impresores libreros de París; pero, cediendo á las quejas interesadas de los doctores en Sorbona, amenazó con «la horca á quien en lo sucesivo imprimiera ó hiciera imprimir en su reino». Sin embargo, mediante la petición del Parlamento, «doce personajes bien calificados y garantizados» fueron autorizados para imprimir los libros «aprobados y necesarios al bien público»<sup>1</sup>.

Por una singular ironía de las cosas, el período del Renacimiento en Europa coincidió para España con una repentina y lamentable decadencia. La Iglesia católica triunfante, jerarquía poderosa que se unía oficialmente á Roma pero que obraba como autocracia perfecta, sin otro objeto que la defensa de su poder absoluto, había llegado á ser la dominadora universal y trabajaba gradualmente para dominar á la realeza misma, para hacerla impotente por la red del ceremonial y de la etiqueta. Sabido es cómo habían logrado aprovecharse los curas de la liga de las ciudades contra los señores para sobreponerse á aquella «santa Fraternidad» y transformar la unidad civil en un tribunal eclesiástico, la Inquisición. Aquellos defensores de la fe se encarnizaron contra todo pensamiento independiente. Su primer cuidado fué quemar las bibliotecas y cerrar las escuelas y los baños; después se dirigieron á lo que quedaba del pasado, derribando los edificios, cubriendo las obras maestras de arabescos con groseros revoques, abandonando los trabajos de riego y exhumando millones de cadáveres, todas las generaciones pasadas, para hacer con ellas hogueras populares. ¡Sobre aquella misma tierra, las llamas materiales, símbolo de las llamas del infierno que no se extinguirán jamás, debían exterminar todos los heresiarcas y relapsos, Judíos, Moros y sobre todo pensadores libres!

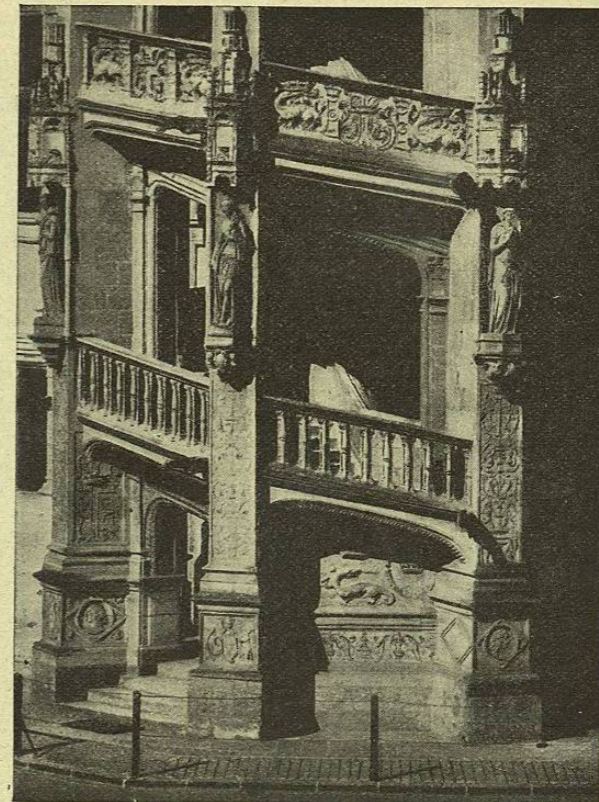
<sup>1</sup> Pierre Margry, *Navigations françaises*.

En el año 1492, el año mismo que vió la toma de Granada y el descubrimiento de América, la persecución de los Judíos españoles fué inaugurada de una manera atroz. Se declaró el bautismo obligatorio, y todo Judío que se negaba á bautizarse quedaba obligado á salir del reino en el

plazo de tres meses bajo pena de muerte y confiscación de bienes. Los que rechazaban la abjuración y preferían el destierro quedaban libres, hasta el momento de su partida, de disponer de su fortuna, pero no de llevarse el valor en oro ó plata; era, pues, la ruina absoluta: los desgraciados huían por todas partes, pero se desencadenó la caza del hombre, y como la crueldad de los soberanos autorizaba la de los súbditos, se despojó y asesinó á

los fugitivos. Ochenta mil Judíos buscaron un paso hacia el mar á través de Portugal, y el rey Juan II les vendió el tránsito al precio de ocho escudos de oro por cabeza. Doscientos ó trescientos mil proscritos se dispersaron por África y por Oriente; no quedaron más que traidores, apóstatas, los *marranos*, entregados de antemano á la sospecha y á nuevas persecuciones.

Semejantes atentados contra toda una raza que hasta entonces había tenido como intermediaria el monopolio del comercio, no podían llevarse á cabo sin tener como consecuencia una vuelta completa



Cl. J. Kuhn, edit.

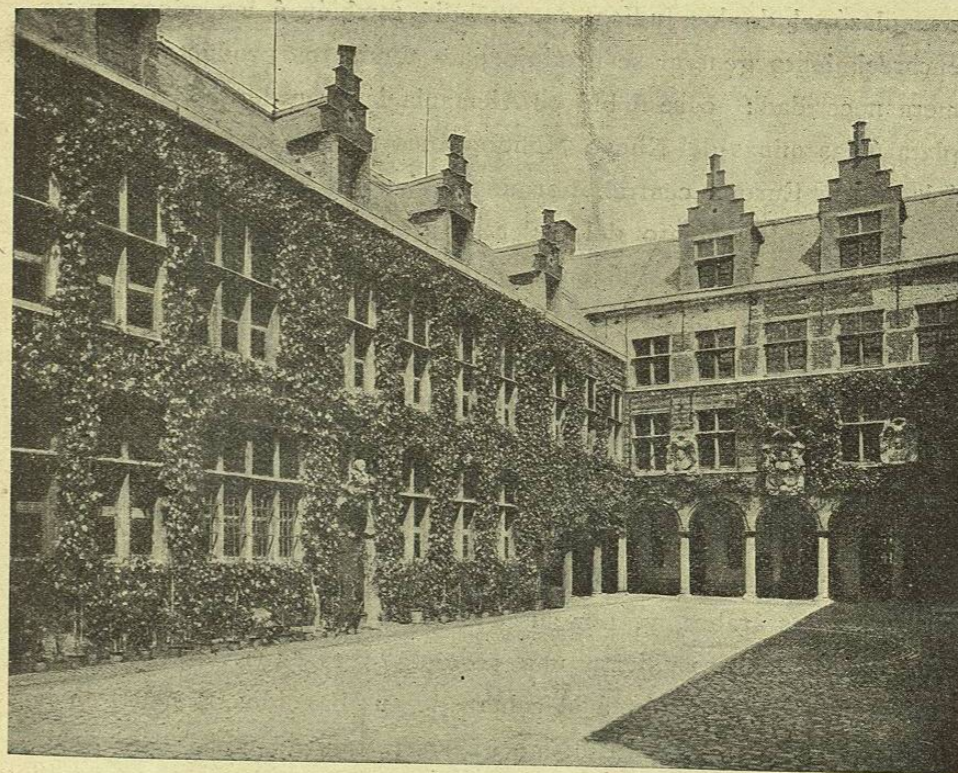
PALACIO DE BLOIS — ALA DE FRANCISCO I  
LA GRAN ESCALERA

hacia la barbarie primitiva, si los Judíos expulsados no hubieran podido ser reemplazados por rivales, cristianos verdaderos ó supuestos. Y esos cristianos que se apresuraban á tomar la sucesión de los Judíos se presentaban en multitud, sobre todo Italianos, Flamencos y Suavios. Los grandes movimientos geográficos causados por el aumento en extensión del mundo comercial explican ese desplazamiento de los centros de actividad. En primer lugar, el cierre de los caminos orientales por los Turcos había hecho refluir hacia Occidente las gentes de comercio, y de los más hábiles entre ellos, Venecianos, Lombardos y Florentinos: de Bristol á Cádiz, se les encontraba en todas partes, fijando su residencia. Por la iniciativa de los negocios, por el trato con los clientes, por la habilidad en toda transacción de dinero y de diplomacia, los Florentinos habían llegado á ser los principales intermediarios de Europa: el papa Bonifacio VIII decía de ellos que eran el «quinto elemento» después de la tierra, el agua, el aire y el fuego.

Pero desde el punto de vista puramente hacendista fueron principalmente los Alemanes del Sudoeste quienes reemplazaron á los Judíos en el manejo de los grandes negocios de España. Cuando Venecia hubo perdido su dominio comercial, las ciudades activas de Alemania no cesaron de considerarla como la ciudad sin igual, y especialmente los Augsburgueses continuaban enviando á ella sus jóvenes como á la escuela del negocio por excelencia. Sin embargo, la gran revolución que había herido á Italia debía quebrantar de rechazo el comercio de la Alemania interior. El primer resultado fué desplazar todo el centro de gravedad hacia el Oeste: habiendo sido reemplazada Venecia por Lisboa como mercado de importación de las Indias, los depósitos de la Europa central sufrieron un movimiento general de atracción en sentido de Occidente; las vías mayores cambiaron de dirección y algunas grandes ciudades del Este perdieron su antigua actividad. Especialmente Breslau fué rebajado en beneficio de Leipzig, mientras que las ciudades occidentales de Alemania, sobre todo las del ángulo sudoeste, ganaron en importancia relativa<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> J. Partsch, *Lage und Bedeutung Breslau's*, p. 7.

En tanto que Portugal, dueño del camino de las Indias, conservó la preponderancia en los cambios con el mundo de las especias, Augsburgo y Nuremberg, en muy buenas relaciones con Lisboa, lograron aprovecharse indirectamente de la nueva vía que se había abierto al comercio del mundo; hasta hubo negociantes de Alemania,



AMBERES — PATIO DEL MUSEO PLANTIN

Cl. J. Kuhn, edit.

con sus secretarios y sus empleados, que fueron autorizados para tomar parte en las expediciones á la India y unir algunos barcos al convoy de la flota real<sup>1</sup>. Pero de Alemania á Lisboa, lo mismo que á Sevilla y á Cádiz, puertos de expedición de España, el camino era mucho más largo que á Venecia y á Génova, y sobre todo había que franquear las numerosas y temibles aduanas intermediarias en Francia y en España. Los peligros eran mayores, los viajes más dispendiosos, únicamente grandes capitalistas podían arriesgarse á ese

<sup>1</sup> F. Kunstmann, *Historisch-politische Blätter*, 48, 1861.

lucrativo comercio de las especias, y fué necesario que poderosísimos sindicatos unieran sus capitales para la explotación de ese tráfico; se aumentó su riqueza, y, en consecuencia, su audacia: gradualmente esas «compañías generales» acapararon los trigos, los vinos, la carne, lo mismo que los frutos coloniales, y la sociedad entera fué cada vez más explotada por ellas. El monopolio de esas compañías, que reemplazó al de los Judíos, se extendió también á las minas, y un encarecimiento general se produjo para todos los productos de primera necesidad: no se debió en Alemania la gran depreciación de la plata á las minas del Nuevo Mundo, como se cree comunmente, sino á las de la Europa central, por un movimiento paralelo<sup>1</sup>.

Ese desplazamiento del poder se produjo también en Rusia, y, en gran parte, bajo la influencia de las mismas causas. La república de Novgorod no era ya «todopoderosa», y la envidia de sus rivales, Pskov y Moscou, rompió su independencia; sus mejores ciudadanos fueron desterrados y substituídos por inmigrantes moscovitas. Se olvidó el camino de los antiguos mercados; los Novgorodianos, sometidos á servidumbre, no tuvieron ya relaciones comerciales con las comarcas que recorre el Ob' «al otro lado de las fronteras», es decir, al este de los montes Urales, y este país, ya bien conocido de los escritores árabes, y, por su mediación, de los geógrafos cristianos, debió ser descubierto una segunda vez, en 1579, cuando el cosaco fugitivo Yermak, á la cabeza de sus bandidos, penetró en la ciudad de Sibir. El patriotismo guerrero, que no concibe nada sin la violencia, considera meritorio que Yermak ocupara como conquistador unos territorios cuyos habitantes hubieran continuado tranquilamente sus transacciones pacíficas de los antiguos tiempos, si los mismos emperadores de Rusia no lo hubieran imposibilitado en absoluto.

Mientras que la alta banca cristiana de Alemania, más usuraria que lo que habían sido los Judíos españoles, preparaba la sujeción y la ruina definitiva de los habitantes de la península Ibérica, las guerras de expansión política al exterior continuaban sin tregua. Se comprende que la constante batalla, que fué durante siete siglos

<sup>1</sup> J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*, p. 384.

el estado normal de las poblaciones, no podía cesar bruscamente. Vencedores de los Moros, dueños de todo el suelo de los abuelos entre los Pirineos y el estrecho, los Españoles debían, en virtud de la herencia, tratar de emplear fuera su excedente de fuerza. Los más



MOSCOU — IGLESIA DE BASILIO EL BIENAVENTURADO, 1544

Cl. J. Kuhn, edit.

atrevidos entre los batalladores y los aventureros veían abrirse ante ellos el Nuevo Mundo, pero esas tierras milagrosas, de que pronto se contaron maravillas, estaban muy distantes; los buques que á ellas se dirigían, algunos de los cuales huían en secreto, sin anuencia del fisco, eran escasos y las expediciones muy costosas, porque los soberanos unidos de Castilla y Aragón, muy avaros, no querían arriesgar